

levantarse en media hora, » distaban infinitamente de los que manifestaron en el mismo lugar Volney y Lamartine. Cuando la novedad ó la poesía lleva al Oriente á los viajeros para correr como locos dominados por la petulancia, sus relaciones mas tienen de romanticismo que de verdad, y no será su testimonio sobre el que descansaremos en nuestras prudentes investigaciones, sino en el de quien haga sus observaciones dirigido por espíritu mas puro é imparcialidad mas severa. Nadie podrá leer mientras tanto sino con satisfaccion lo que el embajador de la Gran Bretaña en Constantinopla decia al custodio de Tierra Santa : « Estoy autorizado por S. M. para hacerlos entregar veinte mil piastras turcas... S. M. conoce sus méritos, y está informado de su hospitalidad con los viajeros ingleses (1). » Estos mismos sentimientos poco mas ó ménos animaban al gobierno de Prusia, cuando al acordar el establecimiento de un hospital en Jerusalem ponía á disposicion del custodio seis camas, « porque nadie como él conocia las necesidades de los miserables ; » camas que no admitió el custodio por no serle necesarias.

Las Hermanas de S. José asisten en Jerusalem un hospital para los enfermos y una escuela para niñas : en ambos establecimientos existian ocupadas seis religiosas francesas, que curaban los enfermos de todas las creencias sin distincion de personas, y educaban los huérfanos, sin otra regla que las inspiraciones admirables de su caridad. Estas fervorosas vírgenes consagradas á Dios en el suelo de su patria, lo abandonaron por amor del mismo para vivir cerca de la tumba de su Amado, regándola con lágrimas como Magdalena, y bañándola incesantemente con los aromas de sus obras, mas fragantes y preciosas que el *pistico* comprado por aquella para derramar sobre el cuerpo de Jesus. Los es-

(1) Oficio de sir Robert Liston, enviado extraordinario de S. M. B. 10 de febrero de 1815. Original en el archivo de San Salvador de Jerusalem.

tablecimientos de las Hermanas de S. José están montados bajo el mismo pié que los de las otras instituciones de caridad ; y sus resultados en Jerusalem, Jafa y Belen, donde tienen sus establecimientos de Palestina, son conocidos de todos, que las bendicen como á sus ángeles tutelares.

Los disidentes de la doctrina católica entraron para sembrar la herejía en Tierra Santa, aumentar con los males de la rebelion las amarguras de Jerusalem, y añadir los escándalos del cisma á las profanaciones con que deshonoraban los mahometanos la tumba del Salvador. Los Griegos tienen un convento, donde estuvo ántes la casa de los caballeros de S. Juan ; en él reside el patriarca cismático de Jerusalem, varios obispos titulares, y entre estos *el del fuego*, que forma una especie de categoría entre los mismos obispos, una multitud de protopopes y archimandritas, cuarenta monjes que se alternan en los oficios de la comunidad, y algunos hermanos y muchachos que tambien visten hábito monacal. Su convento es grande, y se encuentra en el barrio de los cristianos. El zar ha establecido en este monasterio un obispo ruso, y llamado á Constantinopla el patriarca Cirilo, aquel tomó el gobierno de su iglesia cismática. Monjes y dignidades de aquella misma nacion prohijados poco á poco en la comunidad, han hecho sentir demasiado la influencia moscovita hasta su expulsion por la guerra en 1853.

El convento de los armenios en el monte Sion es vastísimo y espléndido, y el divan del patriarca y de los obispos recuerda los salones con que se nos pinta la opulencia de los Orientales. Cuando Chateaubriand visitó al patriarca Arsenio « cubierto con ropas de seda, sentado en ricos almohadones, comiendo dulces exquisitos y bebiendo café de Moka, » le comparó á los Turcos opulentos ; hoy cuando yo he visto á su sucesor ocupando un palacio soberbio, edificado con enorme gasto, le he encontrado semejante á un soberano de Oriente. Al lado de este edificio suntuosísimo

viven en claustros los monjes, y entre estos algunos jóvenes que son educados para obtener en el monacato las dignidades eclesiásticas. Yo entré en este seminario durante uno de los ejercicios de devoción que hacían en su iglesia de Santiago, y calculo su número en el de treinta: sea por la falta de costumbre, ó sea porque el uso es chocante de por sí, mucho me disgustó ver entrar en la iglesia á los monjes y á sus educandos, y sentarse sobre el pavimento, del mismo modo que la gente del pueblo entre los Orientales. El número total de monjes armenios en los dos conventos que poseen en Jerusalem pasa habitualmente de sesenta.

Al lado del monasterio de los Griegos tienen el suyo los Coftos, y en él reside un obispo. Una tradición coloca dentro de él el lugar del sacrificio de Abraham; mas los Samaritanos la rechazan, pretendiendo que tuvo lugar sobre la cumbre del Garizin. No obstante, dos presbíteros etíopes se empeñaban en mostrarme el sitio en que estuvo arrodillado Isaac, y el matorral que enredó los cuernos del carnero... Los Coftos en Jerusalem, á imitación de los Griegos, suplen con invectivas todo lo que el tiempo borra en la historia y en las tradiciones humanas. Á mí me sorprendió ver alojadas dentro de este monasterio mujeres venidas peregrinando de los países orientales, y que reciben los monjes dentro de la vasta extensión de su recinto, sin temer siquiera la justa crítica de los demás, que no podrá serles favorable.

Los Sirios, en fin, edificaron su monasterio, y en él residen obispos y archimandritas, popes y monjes, que representan su comunión en la ciudad santa. Pero, por doloroso que sea, nosotros preguntaremos: ¿Qué hacen tantas dignidades y tantos sacerdotes en Jerusalem? ¿Á qué ha venido esa multitud de hombres que se dicen discípulos de Jesucristo, y desconocen sin embargo la autoridad visible instituida por este? — Les trajo la misión de su interés, y vamos á ver cómo la sirven.....